

# Reflexiones sobre una viticultura de calidad

Enrique García-Escudero

*Jefe del Servicio de Investigación y Desarrollo Tecnológico.*

*Gobierno de La Rioja.*

En la actualidad prácticamente nadie duda que la calidad del vino descansa básicamente en la calidad de la uva, y que hemos de centrar nuestra atención en las condiciones naturales y en los criterios de cultivo que rodean su entorno más próximo, a la hora de considerar los factores que pueden perjudicar o potenciar la calidad.

Sin embargo, continuamos enfrentándonos a la dificultad que supone dar con una definición adecuada de lo que es calidad, ya que no en vano se trata de un concepto subjetivo y dinámico, tanto en el tiempo como en el espacio. De cualquier modo, desde mi punto de vista, y a la hora de considerar valor añadido en la uva, se me ocurren seis adjetivos que contribuirían a definir una uva de calidad:

**Uva madura.** Esta consideración debe tener en cuenta los objetivos enológicos que se persiguen, pudiendo variar sustancialmente de una situación a otra, pero siempre buscando que la evolución de la maduración llegue a buen término y que se primen los fenómenos de acumulación en detrimento de los de crecimiento durante este crucial proceso.

**Uva sana e íntegra.** El buen estado sanitario y la integridad de la uva deben garantizarse a nivel de parcela, durante el transporte y en la recepción en bodega.

**Uva “respetuosa”.** Con este calificativo queremos llamar la atención sobre la creciente sensibilización por el respeto del medio ambiente, es decir, entendemos como un valor en alza los criterios de cultivo en los que se inspira la producción integrada.

**Uva “saludable”.** El mercado demanda con insistencia productos agroalimentarios favorables para la salud, asociados a una garantía de seguridad. La uva y el vino no escapan a estos requerimientos, y asistimos a una potenciación del binomio vino-salud, que potencia la valoración cualitativa de la uva.

**Uva con tipicidad.** En un mundo que tiende a la globalización y estandarización, encontrar atributos que diferencien singularmente las características de la uva y el vino, son aspectos que contribuyen a definir la percepción del concepto de calidad.

Indiscutiblemente, la consecución de estos objetivos pasa por la optimización de los recursos naturales (suelo y clima; terroir), la elección adecuada del material vegetal (asociación portainjerto-variedad) y el manejo racional de las técnicas de cultivo. Del modo en que planteemos el desarrollo de los factores de la producción

vitícola para cada situación vitícola, dependerá la cuenta de resultados, hablando en términos de calidad.

No obstante, y en los últimos años, se ha observado en muchas regiones vitivinícolas una tendencia generalizada hacia un modelo de viticultura que prima el vigor, y al que se añade la tentación del incremento del potencial productivo de sus viñedos. Esta concepción del cultivo suele basar su rentabilidad en la reducción de costes y en la obtención indiscriminada de grandes producciones, pagando en muchas ocasiones un precio muy alto por no satisfacer los mínimos de calidad exigibles, cayendo con frecuencia en la estandarización y la pérdida de tipicidad. Esta cuestión no ha surgido de la noche a la mañana, ni ha sido fruto de la casualidad. Obedece a diferentes condicionantes que han ido incorporándose casi de forma estructural, y que en muchas circunstancias son difíciles de corregir. En su momento, aportábamos como posible origen del problema planteado estas consideraciones:

- Criterios de implantación del viñedo poco afortunados, que han conducido a un trasvase de la viticultura de ladera hacia una viticultura de llanura.
- Una mejora mal entendida del material vegetal, que olvida la componente cualitativa de los clones obtenidos en los procesos de selección clonal-sanitaria, primando exclusivamente su potencial productivo.
- La intensificación de los factores de la producción vitícola.
- Una lenta incorporación de los sistemas de producción integrada.
- La incorrecta asimilación de los avances tecnológicos.
- Modelos de valoración de la uva que no discriminan niveles de calidad.

A pesar de este panorama un tanto pesimista, quedan muchas opciones y actuaciones que permiten reconducir los problemas que se derivan de este concepto de viticultura. En primer lugar, disponemos del contrapeso de una viticultura tradicional, asociada a bajos rendimientos y elevados niveles de calidad, y que ha dado paso a modelos de viticultura de “alta expresión”. Sin embargo, y aunque nos felicitamos por este concepto de viticultura que se ha convertido en un punto de referencia, estos modelos no son los que llaman nuestra atención, ya que cabe esperar el que sean sostenibles por sí mismos, vía reconocimiento y precios elevados. Además, suponen por lo general un bajo porcentaje de la realidad vitícola de determinadas regiones, no siendo accesible este modelo a un número elevado de viticultores. Nuestra preocupación se centra más en aquellas situaciones, que partiendo de un potencial vitícola reconocido, corran el riesgo de dirigir sus pasos a posicionamientos productivistas, con un manejo inadecuado de los factores de la producción vitícola puestos a su alcance y con un mal aprovechamiento de su potencial cualitativo, en general asociado a su entorno natural. Regiones de reciente incorporación a la actividad vitivinícola, pueden ser susceptibles de similares riesgos.

En este sentido, nuestros esfuerzos van encaminados a una viticultura de equilibrio y de calidad “digna”, que llegue a un amplio segmento de mercado, deseoso de consumir un vino de calidad a un precio razonable. En este contexto, y sin renunciar al mayor nivel de calidad accesible para cada caso, se pretende aprovechar el potencial vitícola natural, buscar un equilibrio entre producción y calidad, y mejorar las condiciones de cultivo, todo ello en armonía con los avances tecnológicos que el desarrollo nos ofrece. Si somos capaces de hacer confluir estos objetivos, este modelo de viticultura será rentable, ya que la calidad, como

referente básico en sus justos términos, debe ser rentable en sí, y porque a su vez no se renuncia a unos niveles razonables y competitivos de producción, ni a una mejora del cultivo, que puede pasar por la reducción de sus costes o por la independencia en ciertas tareas vitícolas.

En este marco, y como pautas aplicables a todo modelo de viticultura que apueste por la calidad y que se oponga al avance de una viticultura “herbácea”, que exalta el vigor y la producción, se pueden proponer algunas medidas y consideraciones tendentes a mantener y mejorar la calidad, unas de carácter económico y de ordenación del cultivo, y otras, de carácter cultural y técnico:

- Se deberían establecer en muchos casos criterios más restrictivos a la hora de determinar la ubicación de las nuevas plantaciones, con el objetivo de hacer retornar el viñedo a condiciones tradicionalmente más adecuadas para la calidad de la uva. En este sentido, cabe apostar por los estudios de zonificación, vocación y potencial vitícola para una región concreta.
- Es conveniente fortalecer razonablemente los controles sobre la producción de uva, y sobre todo en el producto terminado, fijando con decisión unos mínimos incuestionables. Por razones difíciles de explicar, y cuando el viticultor argumenta dificultades a la hora de controlar su cultivo, la aplicación reiterada y firme de estas medidas surten un efecto espectacular, y dan lugar a un proceso de autorregulación sorprendente y que en principio parecía casi imposible de llevarse a cabo en las condiciones propias del cultivo de una zona.
- Considerando, por una parte, la innovación tecnológica y, por otra, las posiciones deseables para alcanzar acuerdos en el sector, se hace necesario diseñar modelos de valoración de la uva imaginativos, objetivos y diferenciadores, que sean capaces de pagar la uva por calidades y se opongan a una valoración homogénea de la oferta de uva.
- Ya en el ámbito puramente del cultivo, una vez que se superan los requerimientos de adaptación al medio edáfico y biológico, en la elección del portainjerto se debe considerar la incidencia que puede ejercer sobre la expresión vegetativa y de calidad de la variedad injertada, y en especial el vigor que es capaz de transferirle. En este contexto, será conveniente rescatar patrones de vigor débil-moderado, asumiendo en ocasiones la disminución de rendimiento y la mayor o menor complicación de su cultivo. Por otra parte, sería aconsejable ampliar el abanico de portainjertos, en oposición a la presencia de un escaso número de patrones, situación frecuente en muchas regiones vitícolas.
- La variedad es uno de los principales componentes de la calidad, cuyo protagonismo adquiere singular importancia a medida que el clima o el suelo actúan como factores limitantes. Dejando atrás las modas injustificadas o estándares, la variedad ha de ser elegida atendiendo a su perfecta adaptación a un medio concreto, considerando su vocación preferencial y optimizando sus características, según el escenario en que se desarrolle su cultivo. Variedades autóctonas, variedades de mucha tipicidad, con un buen nivel de plasticidad, capaces de responder a

variaciones de rendimiento, variedades de fertilidad media- baja, de racimo y baya pequeños, o variedades de fuerte expresión aromática y polifenólica, son cuestiones a tener muy en cuenta en la elección de la variedad. Paralelamente, habrá que dar respuesta a preguntas tales como: ¿qué vamos a producir? (destino de la producción), ¿para quién vamos a producir? (coyuntura y perspectivas del mercado) o ¿estamos preparados para producir? (características de la explotación vitícola).

- En algunos países, entre los que se encuentra España, la mejora del material vegetal en la vid se ha afrontado, casi exclusivamente, por la vía de la selección clonal y sanitaria. Sin embargo, y de cara al futuro, la mejora genética puede abrir unos caminos insuficientemente explorados en la actualidad, bien sea a través de la obtención de nuevas variedades, bien sea recurriendo a la ingeniería genética en la mejora de las variedades de calidad ya existentes, buscando resistencias a estrés de tipo biótico y abiótico o potenciando la carga genética responsable de los factores de calidad. Los avances de las técnicas de biología molecular y el conocimiento del genoma de la vid, respaldan estas líneas de trabajo sobre mejora del material vegetal. La información al consumidor supone el complemento necesario a este tipo de actuaciones.
- La conducción de la vid, en su sentido más amplio, admite consideraciones en términos de mejora de la calidad, de control del rendimiento y vigor, de la adecuación del microclima a nivel de la planta y de su estado sanitario:
  - En medida de lo posible, conducir el viñedo con densidades de plantación lo más elevadas posibles, y con disposiciones (marcos) homogéneas, constituye una buena alternativa, siempre y cuando la reducción del vigor, la sobreexplotación del medio y la mecanización, no sean factores limitantes para su cultivo.
  - No obstante, y a medida que las circunstancias invitan a disminuir la densidad de plantación (condiciones del medio, vigor, necesidad de un soporte físico para las plantas...) cuando se intenta aprovechar las ventajas agronómicas de los marcos de plantación amplios, una gestión adecuada de la geometría de la vegetación (altura, anchura y disposición de los planos de vegetación) es condición indispensable para limitar las potenciales pérdidas de calidad que entraña la adopción, a veces irracional, de ciertos sistemas de conducción, procurando buscar de este modo un incremento de la superficie foliar eficaz y una mejora del microclima de hojas y racimos.
  - Por otra parte, y siempre que la fertilidad de la variedad lo permita, es aconsejable limitar el rendimiento optando por sistemas de poda lo más severos posibles, sacrificando producción en favor de un volumen de cosecha que alcance un nivel óptimo de acumulación de azúcares (maduración).
  - Destacar en este capítulo de medidas relacionadas con la conducción del viñedo, aquellas intervenciones en verde que contribuyen a la mejora del microclima de racimos, caso del deshojado, y del equilibrio entre vegetación y producción, caso del aclareo de racimos. Respecto a esta última técnica de cultivo, impensable hasta hace poco tiempo en muchas regiones vitícolas y con un fuerte impacto psicológico en el viticultor, cabe decir que actualmente va sumando enteros, y se asume

como una alternativa eficaz de control del rendimiento, asociada en general a una mejora de la calidad, en situaciones proclives al exceso de rendimiento, y cuando ya se han agotado las posibilidades de contener la producción por otras vías.

- El riego del viñedo, a pesar de las críticas y controversias que suscita, puede llegar a ser una herramienta eficaz y de apoyo, que no un fin, cuando el agua actúa como factor limitante. El riego no debe ser utilizado para conseguir cifras récord de producción, sino para evitar las consecuencias negativas que situaciones con fuerte estrés hídrico ejercen sobre la calidad de la uva. En este sentido, cuando se apuesta por el riego como método directo para paliar los problemas de la sequía, su manejo ha de plantearse con criterios de moderación y con estrategias propias del concepto de riego deficitario controlado. La decisión de regar debe tener en cuenta los condicionantes de tipo legal, los condicionantes agronómicos (factores edáficos, climáticos y culturales), los condicionantes económicos (entorno social; características y objetivos de la explotación), pero también la consideración del riego en equilibrio con otras técnicas de cultivo. Por otra parte, se ha de partir de una instalación correcta, contar con un soporte técnico adecuado: personal cualificado, apoyo de estaciones o redes de información agroclimática, monitorización..., y disponer de agua de calidad. Los sistemas de riego localizado constituyen una firme alternativa para cubrir los objetivos propuestos.
- Con respecto a la nutrición, una fertilización racional en viñedo debe tener en cuenta las necesidades relativamente moderadas y el ritmo regular de absorción de elementos minerales por la vid, procurando satisfacer las necesidades de la planta de forma regular, sin aportes masivos ni discontinuos, y evitando desequilibrios nutricionales que repercutan negativamente sobre la calidad y el medio ambiente. Se deberán limitar los aportes masivos de nitrógeno y potasio, entendiendo el abonado orgánico como mejora de las propiedades físicas y biológicas del suelo y no por su valor fertilizante. Por otro lado, es necesario buscar métodos eficaces que autoricen estrategias racionales de fertilización para unas condiciones pedoclimáticas y culturales concretas, y así contribuir a la obtención del rendimiento más favorable para la calidad.
- La protección del viñedo debe enmarcarse en los principios que rigen la producción integrada, combinando adecuadamente los frenos naturales de los enemigos de la vid (defensa natural y preventiva), los métodos basados en la lucha biológica y reduciendo en lo posible los programas de lucha basados en tratamientos químicos, optando por aquellos productos que resulten poco agresivos, así como optimizando sus propiedades, dosis, momentos y métodos de aplicación. La modelización de la estimación del riesgo ha de ser una herramienta básica en este planteamiento de lucha fitosanitaria.
- Sin descartar de antemano ningún método de mantenimiento del suelo, se ha de procurar elegir aquellas técnicas en las que no predominen exclusivamente los criterios económicos y de comodidad, apostando por aquellas que se muestren respetuosas con el medio ambiente, y que no

provoquen efectos negativos sobre la planta y el equilibrio de su entorno. En este contexto, y siempre que no se establezcan fenómenos de competencia cuestionables, las cubiertas vegetales y las técnicas de mulching, en sus diferentes modalidades, constituyen una importante alternativa a los sistemas tradicionales de mantenimiento de suelo (laboreo y no cultivo). Estas técnicas, sobre todo en el caso de cubiertas vegetales, aportan un control del vigor y rendimiento, una lucha eficaz contra la erosión, una baja o nula presión contaminante y un valor estético nada despreciable.

- A la hora de proceder a una correcta programación de la vendimia, se debe centrar la atención en el establecimiento de métodos adecuados para fijar la fecha de recolección, así como en la búsqueda de modelos rápidos, válidos y reproducibles de valoración de la calidad potencial de la uva, tanto a nivel de parcela como de recepción en bodega. Por otra parte, la decisión por un método u otro de recolección, manual o mecánica, dependerá de las condiciones del cultivo y de las características del producto final, si bien en un caso y otro, la manipulación y transporte de la vendimia, respondiendo al principio de la integridad física de la uva, es un capítulo de crucial importancia para la calidad.
- Finalmente, y tras un repaso a los principales factores de la producción vitícola y su consideración en términos de calidad, recordar la trascendencia que asume la investigación, el desarrollo y la innovación en las metas que nos podamos plantear de cara a los progresos en la mejora de la calidad de la uva; sin olvidar, por supuesto, la importancia de la formación vitivinícola.

*Ponencia de la mesa redonda "Retos actuales de una viticultura de calidad" celebrada en el IV Foro Mundial del Vino. Mayo 2.004.*